

Tito Livio

Los orígenes de Roma

Prólogo de Antonio Cascón Dorado
Traducción de José Antonio Villar Vidal



GEDOS

Los orígenes de Roma

TITO LIVIO

Los orígenes de Roma

PRÓLOGO POR
ANTONIO CASCIÓN DORADO

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ ANTONIO VILLAR VIDAL

GEDOS

Volumen original: Biblioteca Clásica Gredos, 144.
© del prólogo: Antonio Cascón Dorado.
© de la traducción: José Antonio Villar Vidal.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S.L.U., 2021.
Avda. Diagonal, 189 – 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en esta colección: febrero de 2021.

RBA · GREDOS
REF.: GEBO611
ISBN: 978-84-249-4094-2

EL TALLER DEL LLIBRE · REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

CONTENIDO

PRÓLOGO,	
<i>por</i> ANTONIO CASCÓN DORADO,	9
LOS ORÍGENES DE ROMA,	41

PRÓLOGO

por

ANTONIO CASCÓN DORADO

HISTORIA Y LITERATURA

El libro primero de *Ab urbe condita* (*Desde la fundación de la Ciudad*) es, desde hace años, lectura obligada en mis clases de literatura latina y, aunque tengo la satisfacción de haber forjado algún nuevo admirador de Livio, suelo apreciar en mis alumnos una inicial renuencia, que tiene que ver, sobre todo, con el género literario al que la obra pertenece. En literatura también funcionan las convenciones y, digamos, las concepciones apriorísticas socialmente asentadas. Mis estudiantes ni se extrañan ni discuten la elección de cualquier obra épica, lírica, teatral..., pero ¿por qué elegir un libro de historia? Su extrañeza parece tener bastante fundamento.

La historiografía, como género literario, desapareció hace algún tiempo. Los historiadores modernos escriben en un lenguaje desprovisto de veleidades estéticas y apropiado a la finalidad científica que persiguen. Veo que mis compañeros historiadores, presumen, en general, de científicos y desdennan cualquier uso que se haga de la historia como material poético. Parece, pues, lógico que los estudiantes se sorprendan ante mi recomendación de esta y otras lecturas de los grandes historiadores romanos. Muy probablemente, no tenían conocimiento de que la historia era, y puede ser, un género literario. Supongo que la cosa cambiaría si yo les dijera que iban a leer una colección de leyen-

das sobre los orígenes de Roma o una novela histórica sobre el mismo tema. Seguramente tendrían mejor disposición y, aunque no les estaría diciendo la verdad, no me alejaría mucho de ella.

En realidad, la historiografía clásica y la novela histórica son géneros literarios bastante afines y los autores de uno y otro género pretenden objetivos similares. Muchos historiadores de la época clásica tenían la intención prioritaria de crear una obra literaria y, al narrar los hechos, intentaban hacerlo con parecidos presupuestos estéticos a los empleados por los novelistas actuales. Quintiliano, maestro de oratoria del siglo I d. C., desaconsejaba a sus estudiantes utilizar las obras de los grandes historiadores latinos en sus discursos, pues, decía, entre otras cosas, que la historia era inapropiada porque estaba próxima a la poesía («es en cierta medida un poema liberado de las exigencias métricas»), que sus autores perseguían el reconocimiento de su talento y que escribían para deleitar los oídos cultos y desocupados (X 1, 31-32). Ciertamente, esas cualidades netamente literarias, de las que debía precaverse el estudiante de oratoria del siglo I, coinciden en buena medida con las características de nuestra novela histórica. Los novelistas buscan realizar una obra artística que consiga el reconocimiento de su talento y escriben para el deleite de quien dispone de tiempo para la lectura.

Pero aún es posible apuntar algunos paralelismos más. Una de las razones del éxito de la novela histórica es que permite al lector un placentero alejamiento de la realidad. Es, en cierto modo, literatura de evasión. Seguramente, la historia también cumplía esa función en la antigua Roma; la lectura de las hazañas de sus antepasados podía servir a los lectores para alejarse de la realidad. Desde luego, era uno de los beneficios que encontraban en su labor los propios historiadores; al menos así lo expresan en sus prefacios Salustio (*Conjuración de Catilina* 4, 1-2 y *Guerra de Jugurta* 4, 1-3) y el propio Livio: «Yo, por mi parte, espero [...] apartarme, al menos mientras dedico toda la concentración de mi mente a recuperar esta vieja historia, del espec-

táculo de las desventuras que nuestra época lleva viviendo tantos años» (pref. 6). Ambos géneros literarios también comparten esa perspectiva crítica y moralizante: la dedicación a la historia permite apartarse de los problemas del presente, pero también analizarlos y denunciarlos desde un punto de vista distinto. Si a los novelistas se les permite incluir en la historia episodios de ficción y narrarlos artísticamente, a los historiadores de la Antigüedad se les exigía, en cierto modo, embellecer el relato y adornarlo con los recursos literarios al uso. La narración por Tito Livio de la trágica violación de Lucrecia y de tantos otros episodios legendarios que adornan su obra sin duda constituye un ingrediente fundamental de su éxito.

Así que, la historiografía romana era un producto netamente literario, tanto como lo puede ser la novela en nuestros días. Dentro de la narrativa en prosa era el género más artístico y hemos de suponer que contaba con potenciales lectores que esperaban la publicación de nuevas obras con el máximo interés. No hay duda de que Tito Livio y otros grandes historiadores romanos, como Salustio y Tácito, gozaron de gran éxito en Roma, tuvieron el reconocimiento de generaciones posteriores y fueron ensalzados e imitados por los autores del Renacimiento y de los siglos posteriores. Nadie discutía sus merecimientos y eran considerados escritores de renombre universal. Hoy en día, sin embargo, la situación es diferente; esos grandes autores no son conocidos por la gran mayoría de los ciudadanos, ni siquiera por los de mediana cultura. En ello tiene parte de responsabilidad esa persecución larvada contra las humanidades que se desarrolla en Occidente desde hace unas décadas, pero también ha podido contribuir la intromisión de la historia científica en el terreno de la literatura.

Los historiadores de la Antigüedad clásica empezaron a ser juzgados según los parámetros de la historiografía moderna y se les acusó de poco científicos, cuando no sabemos si pretendían serlo. Alguno salió mejor parado, como los griegos Tucídides o Polibio, porque eran más rigurosos en el examen de la docu-

mentación o el contraste de fuentes, pero los más literarios, como es el caso de Tito Livio, fueron fustigados sin mucho discernimiento. Se le acusó de hacer literatura, justamente lo que él pretendía. Se le echó en cara escribir leyendas, cuando es evidente que lo hizo por su valor literario o moral.

El propósito de Tito Livio era escribir una gran obra literaria que le proporcionara éxito y reconocimiento. El hecho de que termine su prefacio con una irónica invocación a los dioses y diosas, semejante a las empleadas por los poetas épicos (pref. 13), es una prueba evidente de que esas eran sus intenciones prioritarias.

Más adelante hablaré de las controvertidas cualidades de Livio como historiador, pero tenía interés en dejar claro desde el inicio el indiscutible valor literario de esta obra. Si el lector la aborda desde esta perspectiva, difícilmente se sentirá defraudado.

UN PADUANO CONSERVADOR

Los testimonios de que Tito Livio era natural de *Patavium*, la actual Padua, parecen bastante seguros. Así lo trasmite san Jerónimo, quien da como fechas de su nacimiento y muerte los años 59 a. C. y 17 d. C., afirmando que murió también en la misma ciudad. Era, por tanto, coetáneo de Horacio y Virgilio, y tuvo una vida larga para aquella época; sin embargo, y a pesar del renombre que disfrutó, no resulta fácil reconstruir los hitos fundamentales de su vida. Tenemos noticias dispersas en distintos autores que apenas nos permiten confirmar algunos detalles biográficos: que alcanzó la fama mientras vivía, que tuvo al menos un hijo y una hija, que tenía buena relación con Augusto, que admiraba a Cicerón, que escribió algunos tratados filosóficos hoy perdidos, que inició al futuro emperador Claudio en los estudios históricos..., y poco más.

De la lectura de su obra se colige fácilmente su sólida formación retórica y nos está permitido suponer que tenía buen

conocimiento del griego, sobre todo por la utilización entre sus fuentes de escritores helenos, especialmente de Polibio. Si, además, como afirma Séneca en una de sus cartas, Livio escribió algún diálogo filosófico, podemos conjeturar que pasó algún tiempo estudiando en Atenas, estancia casi obligada por aquellos tiempos para cualquiera que quisiera iniciarse en estudios de tal clase.

Esta escasez de noticias probablemente tenga mucho que ver con el tenor de su vida. Suele decirse que Livio era un «escritor de gabinete», lo que hoy en día llamaríamos «un ratón de biblioteca». Un hombre que no hizo carrera política ni administrativa, como era frecuente entre los historiadores romanos que escribieron antes y después de él, y que dedicó todos sus esfuerzos a escribir una obra de la magnitud de *Desde la fundación de la Ciudad*, (la Ciudad con mayúscula, Roma, la Urbe por antonomasia); ciento cuarenta y dos libros de historia de la Ciudad, que, según cálculos modernos, serían unos treinta tomos de cuatrocientas páginas cada uno. Le llevó la vida entera y debió de ser bastante feliz, si, además de disfrutar mientras escribía, consiguió el éxito que pretendía.

Imagino a un hombre entregado a una labor tan creativa como esclava en su casa de Padua, trabajando rodeado de códices toda su vida. Es probable que hiciera con regular frecuencia algún viaje a Roma, sobre todo para alguna consulta bibliotecaria, pero no parece que fijara allí su residencia, al menos no durante mucho tiempo. Los estudiosos de su obra han detectado inexactitudes en las localizaciones de algunos emplazamientos de la Urbe, incompatibles con alguien que hubiera residido en ella mucho tiempo. Así que estamos autorizados a pensar que Livio pasó la mayor parte de su vida en Padua, que, por entonces, era la segunda ciudad de Italia, y debía de ofrecer servicios no muy inferiores a los de Roma.

Asinio Polión, un historiador coetáneo, echaba en cara a Livio su *patavinitas*, es decir, su «paduanismo», sin que sepamos muy bien a qué se refería. Aunque el asunto es discutido y se han

realizado diversas interpretaciones, suele pensarse que Polión aludía al carácter provinciano y quizá un tanto retrógrado de nuestro autor. Al parecer, los paduanos tenían fama de austeros, se distinguían por su respeto a las costumbres tradicionales y por cierta independencia frente al poder político dentro de un conservadurismo esencial. Esa imagen se corresponde, desde luego, con la personalidad que apreciamos leyendo la obra de Livio.

Sus profundas convicciones morales se descubren en cada párrafo, así como su respeto por la religión tradicional. Era necesario hacer caso de los augurios y prodigios, y, por supuesto, celebrar los ritos que la tradición había impuesto antes de cada acto cívico. Desde el punto de vista político, es un republicano convencido, partidario del gobierno senatorial que había forjado la grandeza de Roma, defensor de la legalidad por encima de los individuos y contrario a cualquier forma de monarquía.

Livio admiraba a Cicerón, tanto en política como en literatura. Quintiliano cuenta que el paduano recomendaba a su hijo la lectura del gran orador y el análisis de *Ab urbe condita* pone de manifiesto que siguió en buena medida las recomendaciones que Cicerón dirige en sus tratados al escritor de historia. Podría decirse que Livio llevó a cabo el ideal de historiador que reconocía Cicerón, aunque se apartó en un punto: no fijó su atención en un episodio concreto de la historia de Roma, como defendía Cicerón y era entonces frecuente, sino que prefirió escribir la historia completa, siguiendo el camino marcado por los primeros historiadores romanos, llamados analistas porque escribían la historia de Roma año por año (*annus*).

Probablemente, necesitaba hacerlo así para demostrar que la grandeza de Roma había sido decidida por los dioses. El Destino había determinado que Roma gobernara sobre todos los pueblos. Desde sus inicios, y a pesar de las numerosas dificultades, Roma sale victoriosa de tantas guerras y encuentra siempre alguna solución para salir airosa ante la adversidad. Se trata de la misma idea que encontramos en la *Eneida* de Virgilio, repetida